

conquistado desde la villa que llaman Lischa, que es en tierra de Suria, hasta el brazo de San Jorge, que dura bien treinta jornadas en luengo, é en ancho diez, é lugares hay quince. Cuando vió aquel brazo, vió á Constantinopla de la otra parte, é quiso pasar, mas no falló tantos navíos que cumpliesen á él é á toda su gente, é por eso quedó que no pasó, é tornóse por toda la tierra que habia ganado de los cristianos; é los que quisieron morar en la tierra, dejó gelo facer, con tal que le diesen aquellos pechos é rentas que él quiso poner sobre ellos. E porque seais mas ciertos de la tierra que entonces ganaron los moros, queremos vos la aquí nombrar. Primeramente la noble cibdad de Antioca, donde fué San Pedro el apóstol patriarca, que era comocabeza de la Cristiandad, ante que él viniese á Roma; pero esta cibdad fué la postrimera que conquieron, é no la tomaron por fuerza, sino que se le dió con partido que le pechasen aquello que él quiso porque se fuesen en paz; é las otras tierras fueron estas: Suria la menor é la mayor, é las tierras que se llaman Celicias, é Panfilia, é la otra Licoria, é Capadocia, é Galacia, é Betania, é una gran parte de Asia la menor; todas estas tierras eran muy bien pobladas á maravilla, cuando aquel rey de Persia las conquirió, é luego que las tuvo en poder, comenzó á derribar las iglesias é agraviar los cristianos en tantas maneras, que cogieron dél tan gran miedo, que comenzaron todos á fuir é desamparar la tierra; así que, á siete ni á ocho jornadas no pensaban ser seguros con los cuerpos: tanto era el miedo que habían de aquel Belquet.

CAPITULO XIX.

Cómo Belquet conquirió la santa cibdad de Hierusalem, é de la servidumbre en que puso los cristianos.

Por aquesta desventura tan grande que acaeció al emperador de Constantinopla é á los cristianos de todas las tierras que ya oistes, fué tornada la santa cibdad de Hierusalem é el pueblo de aquella tierra á tanta malandanza, que no podría ser peor, que mientras el Emperador sobredicho vivió, vivían en paz é estaban en su poder, é enviábales acorro é faciales sus limosnas é bienes con que viviesen, é enviaba sus dones muy hermosos é sus ofrendas muy complidamente é muy ricas al templo; é no ayudaba tan solamente á los de Hierusalem, mas á los de Antioca é toda la otra tierra de Suria que él los mantenía é guardaba á todos; mas despues que ellos vieron que aquello habían perdido fueron desesperados de nunca haber ayuda ni acorro de ninguna parte para que saliesen de cativerio ni de servidumbre de los moros; é como quier que los cristianos que eran en aquel tiempo en Hierusalem vivían entre los moros tan mezquinamente, que mas no podrían, con todo eso, tambien los griegos como los latinos venían al Sepulcro en romería á rogar á nuestro Señor que se membrase de su pueblo é hobiese merced é piedad dél, é los sacase de aquella miseria en que eran; mas muy grave á maravilla les era la venida, que por todos los lugares por do habían de pasar eran saltados de moros que mataban muchos dellos, é á los unos ferían é á los otros robaban; é aquellos pocos que llegaban á Hierusalem, sin todos los otros portazgos que

daban en aquellos lugares por do venían, habían de dar á la puerta de la villa sendos maravedises por sus cabezas ante que entrasen al Sepulcro; mas á los que habían robado en el camino, ó los que eran pobres é no podían pagar aquel maravedí, no los dejaban entrar al Sepulcro é quedaban de fuera, é morían ahí muchos de ellos de hambre é de frío, esperando que les darian los otros romeros que viniesen alguna cosa con que llegasen aquel maravedí, porque pudiesen entrar al Sepulcro é complir su romería; é todo esto se tornaba en muy gran daño á los cristianos que moraban en la villa, que ellos habían de sostener de sus bienes los sanos é los enfermos, é soterrar á los que allí morían; é todo esto se les facía mucho; é otros males de muchas maneras facían los moros á aquellos que venían al Sepulcro, que si los podían apartar á furto en la villa, matábanlos, é á los otros que iban á orar hacíanles muchas menguas públicamente, echándoles todo é escupiéndoles en los rostros é dándoles de grandes puñadas en las narices, é á los que barbas traían mesábangelas, é por mayor deshonra de la fe de Jesucristo, pusieron entre sí los moros de Hierusalem, que el cristiano que fuese tan pobre que no pudiese pagar el maravedí para entrar al Sepulcro, que parase una pescozada en el pescuezo é que le dejasen entrar; así que, muchos dellos que habían deseo tan grande de ver el Sepulcro que la paraban, é otros había que la no querían parar é tornábanse.

CAPITULO XX.

De las grandes deshonras que los moros hacían á los cristianos de Hierusalem.

En la santa cibdad de Hierusalem habia una iglesia en aquella sazón, que hicieron los hombres buenos de Melfa, que es una cibdad de Pulla; aquella iglesia llamaban los cristianos Santa María de los Latinos, é era abadía; cabo aquella iglesia habia una capilla del hospital de los pobres, á que llamaban San Juan el Limosnador. Aquel san Juan fué patriarca de Hierusalem, á que hoy en día llaman el hospital de los pobres; é despues de su muerte hicieron aquella capilla por honra dél; é tambien el hospital como la capilla tenía en guarda aquel abad de Santa María, que vos ya dijimos; é trabajábase de hacer mucho, segun la pobreza que habia en el lugar, é allí recebia los pobres é dábales lo que menester habían, é curaba muy bien de los enfermos; así que, aquel lugar era tenido por de muy gran caridad, é por eso daban ahí sus limosnas los hombres buenos; é en aquella iglesia oían los cristianos sus horas mas que en las otras de Hierusalem, aunque ahí habia gran multitud dellas, que ficieran esos pocos de cristianos que hí moraban con gran costa é trabajo; así que, habían todos facer fiestas de los santos, segun la iglesia se nombraba; é mientras ellos estaban diciendo sus horas lo mas apuestamente que podían, venían los moros con gran ruido de trompetas é atambores, é estorbábanlos que las nodijiesen; é si los cristianos querían cerrar las puertas para decir sus horas mas paso, quebrantábanlas é entraban dentro por fuerza, é vertían los cálices é levábanlos, é quebrantában las lámparas é mataban las candelas; é si algunos pannos ó vestimentas hallaban de que se pagasen, levábanlos,

é facían sobre los altares cuantas suciedades podían; é todo esto facían por deshonor de la fe de Jesucristo; é aun por hacer mayor pesar á los cristianos tomaban algunas veces al Patriarca por la barba é por los cabellos é dábanle muchas coces; así que, lo dejaban por muerto. En estas cuitas é en este captiverio que vos dijimos fueron los cristianos de Ultramar cuatrocientos treinta y cuatro años. Mas los cristianos estando en captiverio é en estas cuitas, como habemos dicho, seyendo hombres de buena fe é verdadera, pidían siempre á Dios merced con muchas lágrimas é con muchos suspiros que se acordase dellos é no los olvidase, é sufrían mucho en paciencia cuanto mal les facían; membrándose cuánto mal sufrían los hijos de Israel cuando yacían en captiverio en Egipto en poder de Faraon, porque hobieron despues la tierra de Promision. E otrosí esperando ellos que si aquel trabajo bien sufriesen, que ganarian heredamiento de riquezas perdurables en el reino del paraíso, que dura por siempre jamás.

CAPITULO XXI.

Cómo Pedro el Ermitaño fué á Hierusalem en romería, é cómo fué á ver al Patriarca.

Nuestro Señor Jesucristo, que es maravilloso señor é cumplido de toda piedad, que despues de la noche oscura trae hermoso día, sobre la tempestad hace venir tiempo sereno é alegre, no quiso olvidar su pueblo cuitado, mas envióles conhorto é esfuerzo con que pudiesen ser libres de aquella cuita en que eran, en la manera que adelante oiréis. Ya vos dijimos de cómo los peregrinos venían á Hierusalem de todas las tierras que eran de cristianos en aquel tiempo, con muy gran afán é con muy gran trabajo; así que, una vez vino hí una gran compañía del señorío de Francia, é entre aquellos todos vino hí un hombre bueno, natural del obispado de Damienes, é habia nombre Pedro; é porque morara en una ermita gran tiempo é compliera hí su penitencia llamábanle Pedro el Ermitaño, é este era maravillosamente buen clérigo, é de buen entendimiento, é hombre de buen razonamiento. E cuando fué á la puerta de la cibdad pechó un maravedí, como todos los otros facían, é despues entró dentro é fué al Sepulcro é á todas las otras romerías, segun que hacían los buenos peregrinos, é á la tarde tornóse á reposar á casa de un buen hombre que moraba en la cibdad, é despues que hobieron comido él é su huésped, Pedro el Ermitaño, que era mucho entendido é sábio, comenzóle á preguntar cómo les iba á los cristianos que eran en poder de los moros en Hierusalem é en todas las otras tierras de allá; é el huésped que mucho habia morado en la villa é sabia todos los hechos en cómo pasaban, comenzóle á contar todo complidamente, tan bien de lo que oyera decir como de lo que él mesmo viera pasar; é en fin dijole así llorando, mas todavía muy piadosamente: «Huésped, yo dicho vos he lo que sabia de lo que me preguntastes, mas una cosa vos quiero decir, que es sobre todas; nosotros somos gente desamparada de Dios, mas todavía esperamos en la su merced, é si vos quisierdes saber todo el fecho como es, el patriarca desta cibdad vos lo puede decir, que es hombre bueno é de santa vida.» Cuando Pedro el Ermitaño oyó decir que

era hombre bueno é de religion, plúgolé mucho, é pensó luego que le iría á ver, é que hablaría con él é que le preguntaría por todo el fecho de la tierra, tan bien de las iglesias como de los clérigos, como de todo el otro pueblo menudo de los cristianos, é de cómo les iba; é fizolo así, ca luego fué á su casa é preguntóle por todo. E el Patriarca despues que le oyó hablar é supo su facienda, conoció que era hombre que amaba é temía á Dios, é tóvolo por sábio é por apercebido, é comenzó á contar todas las cuitas é los males que los cristianos sufrían é sufrían en aquella tierra por la fe de Jesucristo, así como habemos dicho. Cuando Pedro el Ermitaño oyó todas aquellas cuitas é males los que el Patriarca le contara muy piadosamente é llorando muy de corazón, é él, como era hombre bueno é de gran piedad, no se pudo detener que no llorase é que no suspirase; é despues que esto hobo fecho, dende á un gran rato demandó al Patriarca si sabia alguna carrera como los cristianos saliesen de cuita é de aquel mal en que eran. El Patriarca respondió así: «Don Pedro, suspiros é lágrimas é oraciones asaz ha habido nuestro Señor de nosotros, si los quisiere oír; mas porque somos pecadores é estamos en culpa contra nuestro Señor, por eso no quiere quitar de sobre nos esta pena; é de lo que decis, si sé algun consejo para ello, dígovos que no hallo sino uno, é si aquel no nos acorre, somos desesperados como los que yacen en el Infierno; é el consejo es esto: que si el Santo Padre, que es cabeza de nuestra fe, é el rey de Francia é los otros reyes é los hombres honrados que son allende la mar, é hacen vida como hombres que aman é temen á Dios porque los él sostiene en altos estados é honras, quisiesen haber piedad de vos, que tomasen entre sí consejo como nos acorriesen; entonces habriemos firme esperanza que Dios nos ayudaria mas por amor dellos que no por nuestros merecimientos, é que este fecho se podría bien cumplir; ca vos védes bien que de los griegos ni de los del imperio de Constantinopla, que son nuestros vecinos é nuestros parientes, que no podrémos dellos haber ayuda ninguna, ca ellos son como destruidos é no tienen poder de defender á sí mesmos; é por ende no fallo yo otra carrera sino esta que vos he dicho.

CAPITULO XXII.

Del prometimiento que fizo Pedro el Ermitaño al Patriarca de levar su mensaje al Papa.

Quando hobo dicho el Patriarca, respondióle así Pedro el Ermitaño: «Padre, señor, verdades que decides, ca por la gracia de Dios mucho es bien guardada la ley de nuestro Señor en la tierra donde yo só, é hay buena gente, que aman é temen á Dios mas que ningunas de las gentes que yo hallé en las tierras por do vine desde Francia acá; é por ende creo que si nuestro señor el Papa é los reyes é los altos hombres supiesen ciertamente las cuitas é las servidumbres en que vos tienen los moros, bien tengo esperanza en Dios é en su bondad dellos, que darian consejo é ayuda á vuestro fecho; é por ende vos agradecería yo una cosa, é ternía por bien que luego enviádes vuestras letras al Papa é á los reyes é á los altos hombres de aquellas tierras, é que les ficiédes saber vuestras cui-

tas é vuestros males, é les pidiédes merced por amor de Dios é por ensalzamiento de la fe de Jesucristo, que ellos vos socorran en tal manera, que nuestro Señor fuese servido é ellos hobiesen provecho é honra en este mundo é despues paraíso en el otro; é yo, porque entiendo que vos sois pobre gente é no podriades facer grandes espensas ni vos serian menester, si vos entendeis que yo só hombre para levar tan alto mensaje como este, por el amor de Jesucristo é por remision de mis pecados, quiero vos la yo hacer, é tomar este plei'o sobre mí, é me ofrezco á sufrir toda pena é todo trabajo que me avenga, é vos prometo que clara é fielmente faré entender á los señores de aquella tierra la cuita é la pena en que estáis, si Dios quisiere que yo con salud allá legue.» Cuando el Patriarca entendió la razon que Pedro el Ermitaño habia dicho, hobo tan gran alegría en su corazon que mayor no podria, é envió luego por la mayor parte de los hombres buenos cristianos que habia en Hierusalem, así clérigos como legos; é contóles llorando de corazon todas aquellas palabras que hobiera con Pedro el Ermitaño, é el gran servicio que les prometia que les haria de aquella embajada en que queria ir por servicio de Dios é por amor dellos. E ellos cuando lo oyeron fueron muy alegres, é de la gran alegría que hobieron comenzaron á llorar, é hincaron los hinojos, é alzaron las manos contra el cielo, loando á nuestro Señor la merced que les hacia en mostrarles carrera por que el su santo lugar fuese libre é ellos salidos de captiverio; é luego mandaron facer las cartas para el Papa é para todos los reyes é ricos hombres de contra Occidente, tales como el Patriarca é don Pedro el Ermitaño entendieron que serian buenas.

CAPITULO XXIII.

Cómo nuestro Señor Dios apareció á Pedro el Ermitaño.

Aquí mostró nuestro Señor cuán maravillosos son sus hechos, cuán grandes sus secretos; ca, segun la grandeza del su poder, é los grandes deservicios que siempre le hacemos, dignos éramos de mas penas é trabajos en esta vida de las que hay en ella, si él no fuese tan piadoso como es; é por eso dijo él á Moises que era Dios vengador de sus sañas fasta la cuarta generacion é perdonador sin fin; é sin dubda bien demostró esto á aquellos cativos de cristianos que eran en Hierusalem é en la otra tierra de Ultramar, ca aunque tantas cuitas é tantos trabajos quiso que sufriesen, solamente porque hobieron en él buena esperanza los acorrió, despues que todos los otros acorros de los hombres los hobo quitado, é fizoles entender que no era nada; é entonces le plugo de los acorrer porque bien entendiesen que no habia otro acorro sino el suyo; é fizolo tan maravillosamente, que tomó á Pedro el Ermitaño, de que vos ya dijimos que era de pequeño linaje é muy flaca persona é muy laso é quebrantado del gran camino que anduviera, que á maravilla fué como osó tan solamente pensar tan gran fecho como este, é demás acometerse en lo hablar, ante lo tenían por cosa perdida é sin remedio ninguno. E por ende fué gran maravilla, porque tan solamente osó pensar que nuestro Señor queria librar el su pueblo por él é sacar del cap-

tiverio en que habia estado bien quinientos años ó mas. Mas este ardimiento con que lo él comenzó, é ste esfuerzo, bien podédes entender que no le vino de otro sino de Dios, é de gran amor verdadero que habia á nuestro Señor Jesucristo é á su pueblo, que tenia por hermano, porque habia él gran deseo de abatirse á rescibir muerte ó otro peligro, si le viniese, en tal que fuesen ellos libres. E nuestro Señor, por meterle mas esto en corazon, le hizo una demostranza que vos agora dirémos. Un dia acaeció que desde los cristianos de Hierusalem le hobieron dicho su embajada é dadas las cartas, fué á ver, como lo habia acostumbrado, los santos lugares de fuera de la cibdad de Hierusalem, é despues tornóse al templo á facer su oracion, como solia; é allí do él estaba de hinojos é llorando muy de corazon é rogando á nuestro Señor que él le guiase en aquella carrera que queria facer por su servicio, tomóle un sueño á deshora; así que, se durmió sobre las losas de mármol que estaban ante el Sepulcro, é semejóle que veia ante sí á nuestro Señor Jesucristo que hablaba con él, é le mostraba de qué manera ficiese aquella embajada, é lo tomaba por la mano é le decia: «Pedro, levántate é trabájate de ir ahína, é vé bien seguro do te yo envío, ca yo seré siempre contigo. E desde hoy mas es tiempo que la santa cibdad sea alimpiada desta gente descreída, é el mi pueblo salga del su poder.» E en aquella hora se despertó don Pedro, é si ante tenia en el corazon aquel fecho, mucho lo hobo despues más. Luego aparejó cómo se fuese, é despidióse del pueblo de los cristianos de Hierusalem, é del Patriarca otrosí, que le dió su bendicion á la partida, é ellos quedaron muy tristes porque se iba, ca no sabian cuándo se tornaria. E fincaban muy alegres, porque tenían esperanza en Dios que les recabaria muy bien aquello por que iba.

CAPITULO XXIV.

Que cuenta del Patriarca é de los cristianos de Hierusalem, é cómo avino á Pedro el Ermitaño, é de cómo recabó su mandato.

Quando Pedro el buen Ermitaño se partió de la santa cibdad de Hierusalem, fué á la mar é falló una nave de uños mercaderes que querian ir á Pulla, é entró con ellos, é hobieron buen viento, é arribaron en pocos dias á la cibdad que es llamada Bar, é despues vino por tierra derechamente á Roma, é no falló ahí al Padre Santo, que habia nombre Urban, é era hombre bueno é de santa vida é de buen corazon é de grandes fechos, é moraba entonces en tierra de Pulla; é cuando vino antél besó la tierra é despues besóle el pié. Desí saludóle con gran humildad de parte del patriarca de Hierusalem é de los cristianos que eran en tierra de Suria, é dióle las letras que le enviaban, é cuando gelas hobo dadas comenzóle á contar muy de corazon é sospirando de los grandes males é aviltamientos é grandes crueldades que el pueblo de los cristianos de Ultramar sufrían de los moros en cuya servidumbre eran, é entre todos los otros, los de la cibdad de Hierusalem. Todo esto le mostró bien é complidamente, como aquel que era de muy buena habla é bien razonado. El Apostólico conoció las letras que le dió Pedro, é entendió el seso é la bondad é la religion que en él habia, é respúsole mansamente, é dijo

que él pornia muy de grado consejo en aquel fecho si él pudiese; mas que era en gran contienda con el emperador de Alemania; así que, á grandes penas pudiera salir de sus manos, ca de otra guisa bien habia él en voluntad de pasar los montes é andar por todas las tierras predicando este fecho; mas, pues que así se le aderezaba, que lo no podia facer, que le rogaba é mandaba que lo hiciese, é la razon por qué esta desavenencia fué entre el Apostólico é el Emperador vos queremos agora decir, porque los que leyeren la historia sepan mas ciertamente cómo los hechos pasaron.

CAPITULO XXV.

De la contienda del emperador Enrique é del Papa, é por cuál razon.

Así fué que en aquel tiempo, que era el rey Enrique de Alemania emperador de Roma, habia contienda con el Papa, que habia nombre Gregorio el VIII, é la desavenencia que entre ellos habia era por las mitras é por los anillos de los obispos que morian en el imperio, ca el emperador los tomaba luego como el obispo era muerto: esta costumbre corriera siempre en el imperio desde que los cristianos allí fueran, é luego que las mitras é los anillos le traian, dávalas á algun su capellan ó á algun su clérigo de que se agradaba, é mandaba á aquella iglesia que le rescebiesen por su prelado é por su obispo ó por arzobispo, é que le obedeciesen; así que, no hacian ahí otra eleccion ninguna ni otra prueba; é desto se tenia por maltratado el Papa é todos los que defendian su parte, ca tenían que se hacia contra derecho é agravio á la santa Iglesia. El Emperador decia que siempre fué costumbrado desde el primer papa que ahí hobiera, é si él tomaba aquello ó los otros que ante dél fueran, que no era maravilla; ca si la Iglesia habia alguna cosa, ellos gelo dieran é los ficerian señores de todo. E demás, que antiguamente los apostólicos que facian, siempre eran los emperadores en la eleccion, é nunca los facian menos de su consejo. El Apostólico decia que aquella costumbre desfecha era ya, ca los emperadores la dejaron, é de la otra parte, del elegir é facer los prelados, mostraba que no era razon ni derecho, ca á muchos dellos facia que no eran dinos para ello. E sobre estas razones habia el Papa muchas veces amonestado al emperador Enrique, rogándole por Dios é por la santa Iglesia é por mesura que se sufriese de aquella cosa, é que la no demandase, ca no pertenesca á él, é el Emperador nunca lo quiso facer, é sobre eso hóbose de ensañar el Apostólico é descomulgó el Imperio. E el Emperador cuando lo supo hobo gran despecho é tóvolo á gran desden, é comenzó á guerrear á la Iglesia é al Apostólico, é fizo levantar contra él uno que era arzobispo de Rávena, é habia nombre Galiveri, é este Galiveri era muy gran clérigo é muy rico hombre. E por ser apostólico, é fiándose en la ayuda del Emperador, é como era muy rico é de gran poder, crecióle gran orgullo é olvidó toda razon é cuanto él sabia de Escritura. E asentóse en la silla del Santo Padre y fízose tener por papa, así como aquel que lo cuidaba ser por derecho; y esto fué en el tiempo que vos ya dijimos, cuando la Cristiandad era turbada por el mundo y no obedecian los mandamientos de nuestro

Señor así como debian, ante se abatían á facer todo pecado é aquellas cosas que mas placian al diablo. E sobre esto se levantó la discordia que vos ya dijimos entre el Apostólico y el Emperador. E desde allí se comenzó á esforzar toda vileza é todo pecado é toda deslealtad é toda enemiga entre los cristianos; en tal manera, que la fe de Jesucristo era como toda perdida, ca prendian los arzobispos é los obispos é los abades benditos é los clérigos y los hombres de religion, é firianlos é metíanlos en prisiones; é quitábanles todo cuanto habian, é sacábanlos de los lugares que tenían, é metían á otros. E esto facian por la mayor parte los que eran del Emperador, é al Apostólico facianle tantos agravios de dicho é de fecho, que mas no podian ser; en tal manera que no era obedecido ni tenido en aquella honra que ser debia, ca ni facian por sus cartas ni por su mandado en ninguna cosa. E esto no pudo sufrir el Apostólico, é hóbose de ir para Pulla por consejo de Ruberte Guisart, que era rey de aquella tierra en aquel tiempo. E cuando supo qu'el Padre Santo venia, plúgole mucho con él é recibiólo muy bien, é fizole tanta honra é tanto servicio á él é á su compañía, cuanto ellos supieron demandar, é aun mas. E moró ahí el Apostólico un muy gran tiempo, é despues fué para Salerno, é enfermó ahí é murió allí, é fué ahí enterrado. Los cardenales que eran con él elegieron otro, que hobo nombre Lucerio, é no vivió mas de dos meses. E despues elegieron el tercero, de que vos ya dijimos que hobo nombre Urbano; aqueste cuando fué elegido aun el Emperador no dejaba de facer en aquel tiempo lo que solia contra la Iglesia. E por ende el papa Urbano no se osaba revolver con él, antes se retraía, é metióse á las fortalezas é en los lugares do entendia que podria ser mas seguro, ca mucho habia dél gran miedo. Cuando el Papa así andaba llegó á él Pedro el Ermitaño, así como vos ya dijimos, é contóle su embajada, así como ya os es dicho. E aquella respuesta le dió el Apostólico segun que oistes.

CAPITULO XXVI.

Cómo don Pedro el Ermitaño predicaba la Cruzada para Ultramar por mandado del Papa.

Quando Pedro el Ermitaño oyó la respuesta del Padre Santo, metióse al camino é pasó los puertos de Lombardia, é comenzó de andar por toda la tierra á cada parte, buscando los altos hombres honrados, bien así como si él mesmo llevase mensaje á cada uno dellos señaladamente, é hablaba con ellos é monstrábalos los males é las deshonras que los moros facian sufrir á los cristianos de Ultramar. E esto mesmo facia al pueblo menudo; así que, muchas veces los facia llorar tan bien á los hombres honrados como á los otros. E ninguna vez no hablaba con ellos que les no moviese los corazones á cobdiciar ir á la Santa Tierra. E bien así como san Joan Bautista anduvo predicando é fizo la carrera por do nuestro Señor habia de andar, bien así lo fizo Pedro el Ermitaño, que por el mandado que él trajo é por las cosas que él dijo, hobieron los hombres de toda la tierra á comenzar aquel fecho. E porque las palabras sabia bien decir é muy ciertamente, era muy creído é mucho amado é honrado de todos, é escuchábalte

muy de grado, ca entendian que muy á cargo tenia el fecho de Dios.

CAPITULO XXVII.

Cómo el papa Urbano fizo tres concilios en la cibdad de Placencia con todos sus prelados, é mandó predicar la Cruzada para Ultramar.

En el año que andaba la Encarnacion en mil é cincuenta é nueve años regnaba Enrique el Cuarto en Alemania, que era emperador en Roma, á cuarenta é tres años de su reinado é á doce de su imperio; é reinaba en Francia el rey Felipe, fijo del rey Enrique. E en aquel tiempo vió el papa Urbano qu'el mundo todo era vuelto é mucho empeorado de lo que solia ser; é hobo su consejo con los perlados de toda Lombardia en la ciudad que llaman Placencia, adó él estableció que se emendasen los males entre la clerecia, é otrosí por los legos. Mas porque entendió que un concilio no podria esto poner, puso de facer tres; é conociendo que él esto no lo podria facer estando en poder del Emperador, porque no era ahí seguro, fuése para el reino de Francia. E falló ahí la gente mucho sojuzgada á todo pecado. Así que, fe é virtud era allí desfallecida; mas desamor é guerra é desacuerdo era muy grande entre los altos hombres, é otros males de tantas maneras, que no lo podria hombre contar. E por ende el Santo Padre entendió que mucho era menester de emendar la Cristiandad. E sobre eso mandó facer estos tres concilios que vos ya dijimos, uno en pos de otro; é fizo ayuntar los perlados todos que eran desde la gran mar de Inglaterra fasta la gran mar de Roma; é aquel concilio fué fecho en Nerselay, do yace el cuerpo de santa María Magdalena; é el segundo otrosí, que fué muy grande, fizo facer en Santa María del Puy; mas el tercero concilio, que fué muy mayor que los otros, fué fecho en Claramonte, que es en Alvernia, é fué en el mes de mayo en el año que andaba la Encarnacion en el cuento de la era sobredicha. Allí fueron ayuntados arzobispos é obispos é abades benditos é otras personas muchas honradas de la santa Iglesia. E ordenaron cómo ficiesen honra é servicio á Dios, é cómo se guardasen despues de pecar, porque ganasen honra é buena fama para siempre. Que vos dirémos que en aquel concilio fué puesto é ordenado cómo fuese ensalzada la honra de la santa Iglesia, é sin falla mucho era menester á aquella sazón. E entre todos los otros, don Pedro el Ermitaño fué en aquel concilio, que no olvidó el fecho por que viniera ante, é iba cada día á casa de los cardenales é de los otros perlados á decirles é á ponerles en corazon que tovesen en voluntad aquel fecho. E otrosí facia á todos los hombres honrados é á todo el pueblo, é acaesció así que aquel apostólico Urbano, el día de San Urban, cuyo nombre habia, dijo en Claramonte su misa muy honrada é fizo su sermón muy grande é muy bueno, é mostró así á todos cuantos allí al presente eran, de que habia ahí muy gran compañía á maravilla, é que mucho era gran deshonor é gran desprecio de toda la Cristiandad é de la nuestra fe, que así era destroida é tornada como enemiga en aquella tierra do ella comenzara primero. E trájoles un enjemplo: que si la fuente perennal se secase, que no podria correr agua por los rios que della

salen. E por ende si la fe menguase en la tierra de Ultramar, que no podria ser que por todo el mundo no fallciese. E ellos, que eran cristianos é fueron bautizados en el agua de aquella fuente, que debian facer así que los moros, que eran piedras é yerbas malas que la tenían cubierta é afogada, que gelas quitasen de encima, porque el agua clara é limpia de la fuente de la fe corriese por todo el mundo. E prometiéoles que todos aquellos que quisiesen tomar la cruz é ir á aquel fecho, que de cuantos pecados ficeron que de todos fuesen perdonados, é aunque otra penitencia no hobiesen, manifestándose verdaderamente é arrepintiéndose muy de corazon. E que él tomaba sobre sí que cuantos allí muriesen, que derechamente se fuesen á paraíso é que nunca hobiesen otro purgatorio. E aun les otorgó mas: que mientras que ellos fuesen en servicio de Dios, que la Iglesia tomaba en guarda é en encomienda é en defendimiento todas las sus cosas; así que, si alguno les ficiese fuerza ni tuerto, que fuese descomulgado. Todo esto mandó el Santo Pontífice á los perlados que eran ahí con él que lo ficiesen facer é lo otorgasen por él, cada uno en sus tierras é en sus lugares, é que predicasen la ida de Ultramar é aquel perdon tan grande que les él daba, é que metiesen paz é amor entre las gentes; é do no lo pudiesen facer, que pusiesen treguas muy luengas. E sobre todo esto, mandóles que amonestasen á los hombres que amasen é temiesen á Dios, é se guardasen de facer pecado, porque los guiasen é los ayudase mejor en aquel fecho. E cuando esto les hobo dicho el Padre Santo, bendijolos, é fuése cada uno á su lugar; é así se partió aquel concilio.

CAPITULO XXVIII.

Cómo en aquella predicacion se movió por ella muy gran gente de cristianos para ir á la santa tierra de Ultramar.

Nuestro Señor Dios, en que es complidamente castigo é piedad, despues que él hobo su pueblo castigado, apremiándolo tanto como á él plugo, membrándose del su fijo Jesucristo, que fué verdadero Job, que recibió mal sin merescimiento, y despues quiso que el diablo tentase primeramente en aquella tierra do él nasciera é tomara muerte por nos, á semejanza de Job, que fuera tentado en el cuerpo. E asimesmo en el pueblo de los cristianos, que son sus hijos, primeramente en Ultramar, y despues por toda la Cristiandad, así como ya oistes, y al fin no quiso olvidar la fe y la firmeza que falló en Job, y doblóle todo lo que perdiera, y quiso que no tan solamente la su gente que iba en pelegrinaje ganasen la tierra de los moros, mas gran partida della que tenían malos cristianos; de que recibia Dios gran pesar é mucho deservicio. E otrosí, dióle doblados sus fijos los cristianos en dos maneras: la una, que ensalzasen la su fe y la su creencia; é la otra, que ficiesen buenas obras, porque ganasen honra y precio en este mundo, y despues paraíso en el otro. E á todo esto los atrajo por el sermón del apostólico san Urban, ca tan grande fué la gracia que Dios puso en su palabra, que así entró en los corazones de las gentes que lo oyeron, que fué una gran maravilla; así que, no tan solamente de aquellos que allí se acertaron, mas de los otros á quien despues fué mostrada la palabra del Apostólico por los obispos é por

CAPITULO XXIX.

Cómo el Apostólico comenzó á cruzar la gente, é cuáles fueron los hombres honrados que se cruzaron en Claramonte.

En el gran concilio que fué fecho en Claramonte predicó el apostólico Urbano, así como ya dijimos, é cruzáronse ahí muchos hombres honrados, é decir vos hemos aquí los nombres de los mas dellos, porque los que leyeren esta historia les venga gana de facer bien, como ellos ficeron. El que primero tomó la cruz é que prometió de ir en aquella santa romería fué el obispo de Puy, que hobo nombre don Aymar, é por eso le puso el Apostólico por legado de aquella hueste, é él fizo despues muchos bienes é vivió muy santa vida, así como adelante vos lo contará la historia; muchos hobo allí otros que se no acertaron en aquel concilio, é tomaron la cruz é prometieron de ir en aquel fecho, ca el Papa mandaba á los obispos que predicasen que todos aquellos que allá quisiesen ir que tomasen la cruz é que la pusiesen sobre la espalda diestra en semejanza de como nuestro Señor la levó cuando le crucificaron; é aquí se acabaria la palabra que él dijo en el Evangelio: «Quien quisiere en pos de mí venir, niegue á sí mesmo é tome la cruz é sígame.» Ca sin dubda bien sigue á nuestro Señor aquel que deja todas las cosas del mundo, de que sabor é vicio toma la carne, por dar el alma á nuestro Señor. E sin dubda todo esto dejaban aquellos que de buen corazon iban en aqueste fecho; la gente menuda del pueblo, que se cruzaban muchos dellos á maravilla, cuando veian que algunos hombres honrados de la tierra donde ellos eran ponían la cruz, llegábanse á ellos é tomábanlos por cabdillos para aguardarlos en aquel fecho é facer su mandado. Los honrados hombres legos de Francia é de Alemania, é de todas las otras tierras que se cruzaron en aquel concilio, fueron estos: primeramente Hugo, que llaman por sobrenombre Magnus, hermano del rey de Francia. En pos dél, el conde de Flándes, á que decian Ruberte el de Normandía. De Inglaterra el conde Guillen, hermano del Rey, á que llamaban por sobrenombre Luenga-Espada; é Estéban, conde de Flándes é de Chartres é Blois, hermano del conde Ruberte, que fué padre del conde Tibalt, el viejo. El conde Remon de Tolosa, é Golfer de las Torres, é don Ectol de Start, é Remon, el conde de Orenja; é Guillen, el conde de Flores; Estéban, el conde de Alvernia. De Gascuña fueron ahí don Gaston de Bearn, Guillen Amaneo de Libert, é los mas de condes é de viscondes que eran en la tierra; é fueron asimesmo el conde Retrol de Alpercha, é Hugo el conde de San Polo, é Raol de Balacín, é Beart de Pisac, é Guy de Irlanda, senescal del rey de Francia; é Tomás de Ferrera, é Guy de Poceser, é Gales de Caumonte, é Richarte, su hermano; é Guirart de Campos, é Rogel de Bornavilla, é Garzos de Belbais, é Rol, su hermano; é Guillen de Mompeller, é Guirart de Rosellon, é Juan de Layus, el Harpin de Beorges, que era conde de Bergoña. De la otra parte fueron ahí el noble varon Gudufre de Bullon, duque de Lorena, nieto del noble caballero que dijieron del Cisne, así como adelante oirédes, é su hermano Baldwin; estos dos nobles varones fueron despues reyes de la santa cibdad de Hierusalem.

rusalem, é el uno coronado é el otro no. E un su hermano, que habia nombre Borte, fijo del conde Hugo de Recest; é el conde Graner de Gres, é Baldoyn, conde de Henaut; y Soaret, conde de Dian. Otros muchos honrados hombres fueron allí, de los cuales no son aquí scriptos sus nombres, é sin estos, fueron ahí muchos arzobispos é obispos é abades benditos, é otros hombres de orden, tantos, que apenas cabrian en un gran escripto. El rey don Alfonso de España quisiera ir con ellos, sino porque tenia cercada la cibdad de Toledo. E del reino de Cecilia é de Pulla é de Calabria se cruzaron estos. Boymonte, el príncipe de Tarento, que fué fijo de Rubert Guisarte, aquel que ganó de los griegos á Pulla é á Calabria é Cecilia por fuerza de armas; é fué ahí Tranquer de Caversara, su sobrino, fijo de su hermana, é otros muchos hombres de gran guisa, de que no están aquí scriptos los nombres.

CAPITULO XXX.

Cómo se guisaron los cruzados para ir á Ultramar, é del lugar que pusieron do se ayuntasen.

Mucho fué grande el aparejo é atavío que cada uno fizo para aquella ida; ca los grandes hombres habian entre sí puesto que al invierno pasado que se metiesen al camino. E otrosí el otro pueblo menudo acordó eso mismo; é los hombres honrados enviábanse unos á otros sus cartas é sus mensajeros por concertar por cuál camino irían, é desta guisa ficieron fasta pasado febrero; mas despues que entró el marzo, allí veríades venir gentes de muchas partes é de muchos lugares, todos muy bien aparejados é apercebidos de caballos é de otras bestias cuantas habian menester, é de armas, é de tiendas, é de tendejones, é de todas las otras cosas que para tal fecho como este pertenesca; así que, á todo hombre que lo viesse bien le parecería que para muy gran fecho era aquella gente; los hombres buenos que se cruzaron acordaron de no ir en uno, porque ninguna tierra no los podría sufrir ni fallarian lo que hobiesen menester; de lo cual les vino despues gran daño, como adelante oirédes; pero pusieron en uno que se ayuntasen allende de la mar á una villa muy grande que llaman Niquea, que tomaron los turcos por fuerza de los griegos. La gente menuda no se quisieron cargar de muchas tiendas ni de muchas armaduras, mas todo cuanto pudieron levar era en dineros é en joyas. E cuando aquel día que todos habian de mover de sus tierras fué venido, allí podría hombre ver gran duelo é gran lloro é grandes voces, partiéndose los parientes de los parientes é los amigos de los amigos. E otrosí de los lugares do nascieran é se criaran, é haber á ir á tan extraña tierra do treían morir ciertamente, ó á lo menos sufrir gran trabajo. E tantos eran los que iban, que á malas penas podría hombre fallar casa poblada de que algunos no saliesen. E casa habia do salían el marido é la mujer é los fijos pequeñuelos cuantos tenia; así que, quedaba el lugar despoblado. E dellos habia que no querian dejar los fijos chiquillos que mamaban, ni aun los perros ni los gatos, que todo no lo levasen consigo: tan grande era el amor que habian de servir á Dios é de salvar sus almas, é maravillosa cosa parecia á los que lo veían cuando de corazon iban todos á aquel fe-

cho, é cómo levaban sus cruces en las espaldas diestras. Ca sin dubda fasta aquella sazón nunca los cristianos usaron de levar consigo cruz cuando iban á Ultramar, é aquellos fueron los que primero se cruzaron para ir allá.

CAPITULO XXXI.

Cómo movió primeramente Gualter Sin-saber, é de lo que le avino fasta que llegó á Constantinopla.

A ocho días andados del mes de marzo, cuando andaba la Encarnacion en mil é cient años, partió un honrado hombre é muy buen caballero de Francia, que habia nombre Gualter Sin-saber. E con este movió muy gran gente de pié, ca de caballo pocos eran, é pasaron por Alemania é fueron derechamente á Hungría; é el reino de Hungría es cercado de aguas é de tremedales muy fondos é de carrisales é de montañas; así que, hombre no puede entrar sino por lugares sabidos, que son así como puertos. E por ende es muy peligrosa cosa de entrar é de salir, si no es por placer de aquellos que allí moran. E aquel tiempo era rey en Hungría un hombre bueno é amigo de Dios, que habia nombre Caloman, é fué despues tenido por santo. Aquel cuando sopo que Gualter venia por su tierra con muy gran gente de latinos, plúgole mucho é rescibiólo muy bien, é mandó por toda su tierra que les ficiesen buen mercado de todo lo que hobiesen menester. Los peregrinos pasaron muy en paz por toda Hungría fasta que vinieron á la fin del reino contra la parte de oriente á un castillo á que dicen Amabilia, por do corre un río que ha nombre Mart, que es mojon entre Volgar ó Hungría. E pasaron todos aquella agua sin ningun trabajo, sino una poca de gente que quedó detrás de ellos para comprar que comiesen é otras cosas que habian menester. Los hungreses, que los querian gran mal, porque se temian dellos, desde vieron que toda la hueste era ya pasada, é fincaban aquellos pocos, fueron á ellos é prendieronlos é robáronles cuanto traían, é firiéronlos muy mal, é despues dejáronlos ir. E ellos viniéronse á la hueste de Gualter é contáronle el mal é el tuerto que rescibiran de los de Hungría, no habiendo ellos fecho por qué; é ellos cuando lo oyeron hobieron gran piedad é gran lástima dello. E bien, creed que la mayor parte quisieran luego tornar é pasar el río é ir á Hungría por vengar su deshonor. Mas Gualter é otros hombres buenos que allí eran quitáronles aquel pensamiento, mostrándoles que ellos no venian á aquel fecho por vengar su deshonor, sino la de nuestro Señor Jesucristo; é por ende lo dejaron todo en él, que les diese venganza si á él pluguiese. E desta guisa se partieron de Hungría, é anduvieron fasta que llegaron á una cibdad que ha nombre Belgravia, que es la primera que ha en aquella parte de contra Hungría. Entonce Gualter envió mandado al señor de la villa que les dejase comprar lo que hobiesen menester. Mas él no lo quiso facer; ante defendió que cualquier que gelo vendiese que moriese por ello. E por esto fueron los de la hueste en muy gran cuita á maravilla; así que, algunos hobo hí que no pudieron sufrir é fueron en cabalgada por buscar que lo comiesen, é fallaron asaz. Cuando los de la tierra lo supieron, armáronse é fueron á una parte de los que

traían la cabalgada é lidiaron con ellos, é vencieronlos é mataron los mas dellos; así que, no quedaron ende sino fasta treinta y tres. E aquellos metieron en una iglesia, donde pensaron guarescer; mas los hungreses vinieron ahí é cercáronles la iglesia, é pusieronles fuego é quemáronlos dentro. Cuando Gualter esto supo pesóle mucho, ca tovo que traía gente mal acabdillada é que no queria ser mandada. E hobo su consejo con aquellos que mas sabian, é acordaron que fuesen por las grandes montañas, é dejasen las villas é los lugares poblados, é desta manera que se podrían guardar de pelea; é ficiéronlo así, é fueron su camino lo mas cuerdaamente que pudieron derechamente á Constantinopla. E yendo así por una montaña á una villa que ha nombre Escalisa, é es en aquella tierra que llaman Denamarca la Menor, allí falló Gualter un caballero bueno, que era señor de aquella tierra; é luego que supo que aquellos que allí iban eran pelegrios, recibiólos muy bien, é fizoles dar vianda é todo lo que menester hobieron de buen grado, é fizoles toda honra é todo el placer que pudo; é el agravio que les habian fecho en Belgravia, como ya os dijimos, fizogelo emendar, é dióles cuanto él pudo fallar dende; é demás de todo aquesto, dióles quien los guiase bien é seguramente fasta que llegaron á Constantinopla. E luego que lo supo el Emperador envió por Gualter, é preguntóle cómo viniera é por qué; é él contógelo todo, é aun díjole mas, que él que queria esperar allí á Pedro el Ermitaño fasta que viniese, por cuyo consejo él moviera de su tierra. El Emperador cuando lo supo plúgole mucho é fizole mucha honra, é mandóle dar un arrabal fuera de la villa, muy grande é muy bueno, en que posase él é su compañía; é mandó que les ficiesen buen mercado de viandas é de todas las cosas que hobiesen de menester.

CAPITULO XXXII.

Cuáles fueron con Pedro el Ermitaño, é las cosas que les acaescieron fasta que llegaron á Constantinopla.

Grande fué la gente que Pedro el Ermitaño, movido de su tierra, sacó é trajo, que bien llegarían por todo á cuarenta mil hombres. E como quier que Pedro el Ermitaño era guarda de todo el pelegrinaje é de la gente de su tierra donde él era, que en ultramar pasaba, los caballos de ella eran estos: Arpin de Beorges, conde de Borgoña, é Richarte de Caumont, é Juan Dalis, é Baldoyn de Balvais, é Arnao, su hermano, é los otros caballeros buenos que iban ahí, mas no eran muchos; é vinieron derechamente á Loarena, é despues pasaron á Ostarica, é dende á Hungría. E cuando allí entraron, Pedro el Ermitaño envió mensajeros al rey Coloman, de que vos ya dijimos, que los dejase pasar é les mandase vender viandas é lo que hobiesen menester; é él gelo otorgó en tal que pasasen en paz. E ellos respondieron que lo farian muy de grado, ca pelegrios eran que iban en servicio de Dios, é que no habian en voluntad de facer á ninguno injuria ni pesar. E así pasaron toda la tierra fasta que fueron en cabo del reino de Hungría; é hobieron vianda é todo lo que menester les fué, de buen precio, sin embargo que ninguno les ficiese. E cuando fueron en cabo del reino arribaron á un castillo que

decían Amabilia, de que vos ya dijimos, do fueron desbaratados los otros pelegrios; é cuando oyeron el mal é la deshonor que ficeron á Gualter é á los otros que con él iban, é vieron los escudos é las armas que colgaban de las almenas del muro é del castillo de la villa por honra que vencieran, hobieron ende tan gran saña, que se comenzaron á armar, é rogábanse unos á otros que punasen en facer mucho, porque vengasen á sus compañeros; é cercaron la villa en derredor é combatiéronla, é tomáronla por fuerza é mataron cuantos ahí habia, é algunos dellos echáronse en el agua, cuidando guarescer, é muriendo allí. E despues que la villa fué entrada fallaron en ella lo que hobieron menester para un gran tiempo, é tomaron lo que quisieron, é lo otro dejaron; é estuvieron allí cinco días, é fallaron que de los suyos murieron ciento, é de la villa cuatro mil. E despues de los cinco días movieron dende para entrar en Volgria; é el duque de Volgria, cuando oyó decir que los pelegrios mataron á los de Amabilia é vengaron sus compañeros, hobo dellos gran miedo, ca él habia vedado á los otros que les no vendiesen vianda ninguna, é sin esto, mataron dellos una gran pieza; é entendiendo que Volgria no era lugar en que se pudiese defender, por ende fué á un castillo muy fuerte, é otrosí mandó que se fuesen para allá todos los que moraban en la villa, é que levasen consigo toda su hacienda; é los que no cupieron en el castillo metieronse por las grandes montañas. Así punaron de guarescer.

CAPITULO XXXIII.

Cómo don Pedro el Ermitaño se fué con toda su gente de Amabilia por miedo del rey de Hungría.

Pedro el Ermitaño, en cuanto moró en aquella villa, oyó decir en cómo el rey de Hungría supiera de cómo le mataran su gente, é que hobiera dello gran pesar, é que se aderezaba cuanto podía para venirlos á vengar; é si él hobo miedo, esto no debe ninguno demandar. E luego que esto supo, ayuntó cuantos barcos pudo haber, é pasó allende el río é toda su gente, é todos los carros é las otras cosas que levaban, é fuéronse para Belgravia (1), é falláronla yerma, ca la gente de la villa eran todos fuidos por miedo de los pelegrios, así como vos ya dijimos; é por ende no quisieron ahí entrar, é anduvieron bien ocho jornadas grandes por medio de las montañas á tanto que llegaron á una villa que llaman Nis, que era puesta en muy fuerte lugar; así que, no tenia cerca, é sin todo aquesto, era labrada muy bien de buenos muros é de muy grandes torres, é dentro yacia muy buena gente de armas de los mejores que habia en toda aquella tierra, é tenían vianda asaz é lo que habian menester. Pedro el Ermitaño é la gente que traía fallaron una piedra por puente por do habian á pasar los que á la villa querian ir; é como quier que era cerca, habia entre la puente é la cibdad una gran plaza. E ellos albergaron allí porque fuesen mas cerca de la villa, é pudiesen haber mejor todas las cosas que menester les fuese. E Pedro el Ermitaño envió sus mensajeros

(1) En el que nos sirve de original *Bregaña*, en otras partes *Belgña*; pero hemos creído deber poner *Belgravia*, que conoçidamente está por Belgrado.